



¿De verdad es posible el diálogo interreligioso?

EL título suena inevitablemente a pregunta retórica. Desde hace algunos años la Iglesia católica viene publicando documentos y fomentando el encuentro con otras religiones. ¿Es previsible que nosotros aquí descalifiquemos, por insinceros o por imposibles, esos esfuerzos y cerremos toda viabilidad a ese diálogo? De entrada se supone que la respuesta al interrogante del título habrá de ser afirmativa. Y en ese sentido, es cierto: el título tiene algo de retórico.

Pero no es sólo retórico. Las dificultades no las ponen únicamente los otros, desde la otra orilla, las diversas religiones. Están también en nuestra orilla. Y debemos hacernos conscientes no sólo de si queremos ir sino hasta dónde nos permite llegar nuestra propia fe.

Breve recuerdo de un largo recorrido

***Exclusivismo.** Hasta el Vaticano II hubo una fase –larga en siglos– en que se afirmaba con rotundidad que «fuera de la Iglesia no hay salvación».*

*Cierto es que esta frase se fue interpretando con amplitud creciente. Pío XII llegó a excomulgar a un teólogo que en pleno siglo XX quiso entenderla a rajatabla de modo literal. En la versión original de S. Cipriano, la frase se refería no a todas las personas en general, sino a los herejes que se habían separado de la Iglesia. Pero de ahí, con el paso del tiempo, fue siendo entendida al pie de la letra. Y se descalificaba expeditivamente a las religiones no cristianas. Si algún no cristiano de buena voluntad se salvaba no era por el hecho de tener una religión sino a pesar de su propia religión. El catolicismo **excluía** a las demás. Había que procurar urgentemente disipar las tinieblas para que les llegara la luz.*

Inclusivismo. *A partir del Vaticano II la teología se ha acercado al pluralismo religioso y ha reflexionado sobre las diversas religiones. Y ha visto en ellas mismas, y no sólo en el corazón de las personas de buena voluntad, «semillas de verdad». Se asumía así una perspectiva inclusivista. Cuanto pueda haber de bueno y de verdadero en esas religiones, ya se encuentra en plenitud en la fe cristiana. Por tanto, las demás religiones de algún modo están «incluidas» en el cristianismo. Habría que mencionar aquí lo que Rahner, con expresión sugerente y discutida, llamaba «cristianos anónimos».*

¿ES posible así el diálogo? *El verdadero todavía no. Porque si el católico está convencido de que él y sólo él tiene la verdad y toda la verdad, cuando se acerque a los «otros» le parecerá inevitablemente que está «descendiendo» de su nivel, que debe escuchar pacientemente al otro y procurar convencerle y tirar de él hasta acercarlo lo más posible a nuestras posiciones. Eso, por bienintencionado que sea, tiene mucho más de propaganda que de diálogo. Hasta aquí, la pregunta del título es algo más que retórica.*

Iniciemos otro recorrido: el de una «duda metódica».

Hagamos «como si» pudiéramos partir de cero. Programemos así una búsqueda del Absoluto –esto nos permitirá recorrer paso a paso y mano a mano muchas etapas con otras religiones–, disimulemos nuestra «identidad más profunda», echemos agua a la firmeza de nuestras convicciones más medulares y rebajemos a nuestro Cristo a la categoría de un líder religioso entre otros. Así nos habremos colocado a la misma altura y se habrá roturado un sendero de diálogo. Pero este intento tiene mucho más de negociación que de diálogo. ¿Qué fiabilidad merece un tipo de encuentro, regido no por la lealtad mutua sino por el cálculo, en el que se maquilla cuidadosamente la propia identidad con tal de alcanzar unos determinados objetivos?

Desenredar equívocos

LOS católicos que tienen una cierta formación religiosa, resumirían sus creencias principales en un esquema parecido al siguiente: Dios quiere que todos los hombres se salven. A lo largo de la historia –anterior y posterior a Cristo– hay una serie de religiones que buscan, cada una a su manera, un contacto con el Absoluto. En un determinado momento, enraizado en la historia religiosa de un pueblo determinado, el judío, aparece Jesús de Nazaret. Para los cristianos es Dios mismo que se encarna. Por ello Jesucristo es el Mensajero irrepitable, insuperable y definitivo, la última y más plena manifestación de Dios al mundo. Reunidos en torno a ese Cristo, Hijo Unigénito, resucitado y sentado a la derecha del Padre, los cristianos viven en espera de la llegada en plenitud del Reino de Dios anunciado por Jesús.

Desde ahí, casi sin darse cuenta es posible dejarse resbalar por el atajo de las simplificaciones. Se dice que el

cristianismo es la única religión verdadera, Jesucristo es el único enviado del Dios verdadero, la Iglesia católica, por muy pecadora que pueda ser, es la única verdadera.

Los demás son, en el mejor de los casos, ignorantes o errados de buena voluntad. Hay que procurar, por tanto, con urgencia apostólica, conducirlos al único camino para que haya «un solo rebaño bajo un solo pastor».

La pregunta del comienzo sigue siendo algo más que retórica. El diálogo todavía no es posible. Porque para dialogar hay que respetar con sinceridad la identidad del otro (Stanislas Breton habla de «la práctica cordial de la alteridad»). Hay que afirmar, sin reduccionismos vergonzantes ni agresivos, la propia identidad, sin «esconder» convicciones para llegar a un acuerdo. Y para dialogar hay que establecer y reconocer una cierta «igualdad». El diálogo rígidamente vertical no se ha inventado todavía. Quiere esto decir que un verdadero diálogo exige la reformulación de algunas de nuestras convicciones más profundas.

Los pilares del diálogo

LA teología en este punto, como en tantos otros, viene realizando un camino que tiene sus noches frías y el riesgo de desvíos. Aun así, si se recorren los propios documentos de la Iglesia posteriores al Vaticano II, se advertirá claramente un progreso. La encíclica sobre el diálogo de Pablo VI, seguida por los documentos conciliares **Nostra aetate** y **Gaudium et spes** o la exhortación **Evangelii Nuntiandi**, también de Pablo VI, vinieron a poner unas primeras piedras, sólo primeras, de esta casa común del diálogo. Juan Pablo II, ya en su primera encíclica **Redemptor hominis** (1979), daba un paso más y decisivo. En la Jornada mundial de oración por la paz en Asís (1986), en la que reunió a

*muchos y muy significados líderes religiosos, y en el discurso a la Curia de ese mismo año, el Papa avanzaba por el camino del diálogo. «Las diferencias –decía– son un elemento menos importante en relación a la unidad, la cual, por el contrario, es radical, fundamental y determinante». El Espíritu de Dios está presente en la vida religiosa de los «otros». Y en esa misma línea y en documentos posteriores (**Dominum et vivificantem**, 1986, o **Redemptoris Missio** 1990) Juan Pablo II ha seguido avanzando. «La presencia y la actividad del Espíritu no concierne únicamente a los individuos, sino a la sociedad y a la historia, a los pueblos, las culturas, las religiones».*

A la luz de estas enseñanzas tendríamos que «revisar» nuestro catecismo. Porque quizá hemos olvidado o relegado a los apartados de la «letra pequeña» afirmaciones importantes.

***Dios.** Quiere que todos los seres humanos se salven. Es el origen, el kilómetro cero de donde en realidad arrancan los caminos de todas las tradiciones religiosas de los pueblos. No queda hipotecado por ni es el patrimonio exclusivo de ninguna religión particular. Es no sólo la fuente última del ser, y el Ser infinitamente cercano (más íntimo que mi propia intimidad, dirá S. Agustín) sino también el Trascendente. El mismo Agustín dirá que «si lo abarcas, no es Dios» y la teología actual hablará del **Ganz anders**, del «completamente Otro», que no es reducible ni a sus enviados ni a los dogmas ni a la propia Iglesia.*

***Cristo.** Es el «único mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2, 4-6). No es un eslabón más, aunque importante, en la cadena de mediadores. La revelación cristiana, tal como la aceptamos los católicos, nos transmite, por medio de Jesús de Nazaret, la verdad*

última sobre el misterio de Dios. Este carácter absoluto de Cristo no es algo negociable en el diálogo religioso. Dicho esto sin restricciones, hay que añadir sin embargo que la llenumbre infinita del misterio de Dios, como Palabra que se comunica, no queda embalsada del todo en la Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento). La revelación en Cristo no agota el misterio de Dios. Cierto es que esa automanifestación de Dios alcanza en Cristo una plenitud **cualitativa** (ninguna otra conciencia humana se ha acercado más que la de Jesús al misterio de Dios), pero no una plenitud **cuantitativa**. Si se nos permite una simplificación, que al serlo tiene sus riesgos, el misterio de Dios no se reduce exclusivamente a Cristo y el judío Jesús de Nazaret no expresa toda la profundidad del misterio de Cristo. Como formula un teólogo actual, **«El Logos no puede pensarse sino ligado con el hombre Jesús, pero Cristo no es solamente Jesús»** (Geffré). Los propios evangelios recogen frases que apuntan en esta dirección: «Cuando venga el Espíritu, os lo aclarará todo». En cuanto «acontecimiento» la Revelación en Cristo es definitiva e insuperable, pero en cuanto «contenido inteligible» no ha acabado nunca de ser explicitado. Esto implica que pueden existir profetas de otras tradiciones religiosas que sean también ellos portadores de mensaje y revelación.

PODEMOS entonces admitir con serena confianza que el cristianismo, que es una religión histórica, no abarca todas y cada una de las «semillas de verdad» que el Dios misterioso por medio del espíritu ha ido sembrado en el corazón de los hombres. Hay toda una serie de «escrituras sagradas» de otras religiones que podrían ser, también ellas, portadoras de verdades preciosas, del misterio insondable de Dios. El cristianismo no tiene por tanto el monopolio de la verdad.

*La Iglesia católica. Jesús de Nazaret no se predicó a sí mismo sino que anunció un Reinado de Dios, presente ya germinalmente entre nosotros. En la predicación de Jesús, el Reino de Dios tiene prioridad sobre la Iglesia. Y ese Reino es ofrecido a todas las mujeres y hombres de buena voluntad. Juan Pablo II, en la **Redemptoris Missio** (n.º 20) afirma expresamente que la realidad del Reino puede encontrarse «más allá» de los límites de la Iglesia, en la humanidad entera. Iglesia católica, por tanto, y Reinado de Dios no coinciden. En ese sentido, la Iglesia no es sólo hogar de acogida de los que van a ella, sino comunidad que peregrina hacia el Reino. Los católicos, en el camino hacia Dios a través de Cristo, deberemos admitir y realizar una saludable relativización de la Iglesia.*

*ES posible avanzar hacia el encuentro con otras religiones si, por una parte, damos a la actitud del creyente (**fides qua**) más importancia que a las expresiones concretas de esa fe (**fides quae**). El corazón del creyente desea acoger la plenitud de la Verdad, la cual queda —¿se nos permite decirlo?— de algún modo «malherida» en cualquiera de las formulaciones en que se exprese. Al referirnos a esa Verdad Eterna del misterio de Dios, lo que cambia no es la Verdad cuanto la percepción que de ella pueda tenerse y la forma como se exprese. En ese sentido cambiamos no sólo los católicos sino todos los creyentes. ¿Por qué dar una primacía casi exclusivista a las cabezas o a las expresiones, cuando los corazones de los que buscan pueden correr con ritmo más rápido hacia el encuentro?*

Y más todavía si unimos nuestros esfuerzos y trabajos en tareas concretas relacionadas con la promoción de la justicia y la fraternidad universal. Hace ya muchos siglos, en los albores del cristianismo, se acuñó una frase que conserva hoy su plena validez: «A Dios no lo ha visto nadie. Si nos amamos, Dios está en nosotros»

Exigencias concretas

CON brevedad inevitable hemos señalado algunos hitos del camino. Si el Reinado de Dios se extiende más allá de la Iglesia y son ciudadanos de ese reino cuantas personas se abren al Misterio Trascendente divino y sirven a sus hermanos, entonces el cristiano, sin minusvalorar su propia fe, se siente urgido a buscar el encuentro con otros hermanos suyos, de otros colores, razas y culturas pero también ciudadanos de ese mismo Reino de Dios.

Esto requiere una actitud de «sim-patía» y exige una determinada manera de acercamiento. Conocer la religión de los demás no es una visita turística a tradiciones religiosas que nos parezcan exóticas. Implica **«entrar en la piel del otro, ver el mundo como el otro lo ve, plantearse las cuestiones del otro, penetrar en el sentido que del ser tiene un hindú, un musulmán, un judío, un budista o quienquiera que sea»** (Whaling). Hay que acercarse y entrar, hasta donde nos sea posible, en la experiencia religiosa de los demás.

De esta forma quedamos reconfortados y enriquecidos.

Porque la experiencia del otro puede obligarnos a restaurar colores, rasgos y brillos que en nuestra fe estuviesen enmohecidos. Y porque el encuentro con los distintos nos forzarán a limpiar nuestros ojos, alejar prejuicios, plantear preguntas y ampliar algunos de nuestros planteamientos muy estrechos.

Dice un proverbio que «la palabra que tú necesitas no te la puedes decir a ti mismo». Esto vale para la persona concreta, pero tiene una aplicación enriquecedora también para las religiones. El diálogo inter-religioso es posible. No cualquiera ni a cualquier precio. Tiene el suyo, sus exigencias, y no se malvende en rebajas teológicas. En cualquier caso, el «Deus semper maior» no nos autoriza a renunciar a él.